

## San Petersburgo - París

«**M**i abuelo paterno era comerciante de pieles, lo mismo que lo había sido su padre, Simón. Viajaban por Europa vendiendo pieles rusas a los peleteros, que con ellas cosían sofisticados abrigos para sus clientas ricas. En Francia se encontraban sus mejores clientes. En París, Simón tenía un amigo peletero, monsieur Elías. Cuando Simón murió, mi abuelo Isaac continuó con el negocio y lo amplió. Mi abuelo Isaac solía cambiar parte de su mercancía por esos abrigos ya confeccionados que luego vendía en la corte de San Petersburgo. Las aristócratas rusas gustaban de cuanto llegaba de París.

Mi abuela Esther era francesa, hija de monsieur Elías, quien no pudo evitar que el joven Isaac se llevara a su niña, por más que se opuso. Monsieur Elías se había quedado viudo y Esther era su única hija. Isaac y Esther se casaron en París y de allí emprendieron viaje hasta un pueblo cercano a Varsovia, la casa donde Isaac vivía con su madre viuda, Sofía. Tuvieron tres hijos, Samuel, Anna y Friede, el más pequeño. Se llevaban todos un año de diferencia entre ellos. Monsieur Elías siempre se lamentaba de tener a su hija y a sus nietos lejos, y cuando Samuel, mi padre, cumplió diez años, mi abuelo Isaac decidió llevarle con él a Francia para que conociera a su abuelo. Samuel no gozaba de buena salud y su madre se separó de él llena de aprensión. Sabía que para monsieur Elías sería un regalo conocer a su nieto ma-

yor, pero se preguntaba si Samuel sería capaz de aguantar los inconvenientes de un viaje tan largo.

—No te preocupes, nuestro Samuel ya casi es un hombre —la consoló su suegra, Sofía—, e Isaac sabrá cuidar de él.

—Sobre todo procura que no se enfríe, y si tiene fiebre, quedaos en alguna posada y dale este jarabe. Le aliviará —insistió Esther.

—Sabré cuidar de nuestro hijo; ocúpate tú de los demás, no los pierdas de vista, sobre todo a Friede, el pequeño es demasiado inquieto. Me voy tranquilo sabiendo que no estáis solos, que cuentas con el apoyo de mi madre.

Para Isaac había sido un alivio que Esther congeniara con su madre. Sofía era una mujer de carácter, pero se había rendido ante la bondad de Esther. Nuera y suegra parecían madre e hija.

Tras varias semanas de viaje, Isaac y Samuel llegaron a París; allí supieron las noticias de los disturbios que estaban produciéndose por toda Rusia.

—Han asesinado al zar. He oído decir que hay judíos implicados en la conspiración —anunció monsieur Elías.

—¡No puede ser! El zar ha mejorado las condiciones de vida de nuestra comunidad. ¿Qué ganaríamos los judíos con su desaparición? —respondió Isaac.

—Parece que algunos se están tomando la justicia por su mano y han atacado algunos pueblos judíos de la Zona de Residencia... —añadió monsieur Elías.

—¡Es la excusa que necesitaban todos los que se oponían a la política del zar para con los judíos! Espero que se imponga la razón y la verdad.

—Es terrible que en Rusia a los judíos no se les permita salir de las Zonas de Residencia —se lamentó monsieur Elías—. Al menos en Francia podemos vivir en las ciudades, y aquí mismo, en el corazón de París.

—La idea maldita de las Zonas de Residencia se la debemos a la

zarina Catalina. Los consejeros de la Gran Catalina quisieron cortar las alas a nuestros artesanos y mercaderes. Pero ahora son muchos los judíos que viven en la mismísima San Petersburgo. Se necesitan permisos especiales, pero se pueden conseguir —explicó Isaac.

—Sí, pero no para todos —replicó monsieur Elías—. Menos mal que vuestro hogar no está lejos de Varsovia. Temería por vosotros si vivierais en Moscú o en San Petersburgo.

No podían ocultar la preocupación que les embargaba. Las noticias que llegaban desde Rusia eran tan confusas que hacían que temieran por la suerte de la familia.

—Samuel y yo regresaremos de inmediato. No estaré tranquilo hasta ver a mi esposa y a mis hijos. Sé que mi madre cuida de ellos, pero no puedo dejarlos solos por más tiempo.

—Yo tampoco descansaré hasta saber que has llegado y reciba tus noticias comunicándome que todos están bien. Debes marchar cuanto antes.

Dos días después acudió a visitarlos un viejo amigo de monsieur Elías, un hombre bien relacionado en la corte.

—No podéis regresar. Están matando a cientos de judíos. Los disturbios han comenzado en Yelisavetgrad, pero se han extendido por toda Rusia —explicó el visitante.

Monsieur Elías se dolía de la situación.

—A lo mejor es peligroso que regreséis... —dijo sin demasiado convencimiento porque en el fondo de su corazón anhelaba saber cuanto antes que su querida hija Esther y sus nietos no corrían ningún peligro.

—No podemos quedarnos aquí, he de regresar. Mi esposa y mis hijos me pueden necesitar —respondió sin dudar Isaac.

—Quizá deberías dejar conmigo a Samuel. No para de toser, y hay días en que la fiebre le deja postrado en la cama.

—Lo sé, pero no puedo dejarle aquí. Esther no me lo perdonaría. Quiere a todos nuestros hijos por igual, pero con Samuel

ha sufrido mucho a causa de su mala salud. Si no regresamos juntos pensaría que le ha pasado algo.

—Conozco a mi hija, sé que preferiría que Samuel se quedara aquí a salvo.

Monsieur Elías no pudo convencer a mi abuelo Isaac, que en cuanto pudo, se puso en camino. Viajó con Samuel en un coche de postas, tirado por buenos caballos, junto a otros dos comerciantes que tenían como destino Varsovia y que, alarmados como ellos, regresaban a sus casas.

—Padre, ¿madre está bien? ¿Y Friede y Anna? No les habrá pasado nada, ¿verdad? —Samuel no dejaba de preguntar a su padre por la suerte de su madre y de sus hermanos.

El viaje se les hizo eterno. Apenas lograban dormir por la noche en aquellas posadas donde por ser judíos no siempre eran bien recibidos. En varias ocasiones incluso tuvieron que dormir al raso porque no les querían dar alojamiento.

—¿En qué somos diferentes? —le preguntó Samuel una noche a su padre mientras descansaban el uno junto al otro en una estrecha cama de un mísero hostel en Alemania.

—¿Es que crees que somos diferentes? —respondió el bueno de Isaac.

—Yo me veo igual a todo el mundo, pero sé que los demás no nos ven como ellos y no sé por qué. No comprendo por qué hay chicos que no quieren jugar con nosotros, ni por qué no vamos a menudo a la ciudad, y cuando lo hacemos, madre y tú parece que tengáis miedo. Caminamos con la cabeza baja, como si así no nos vieran, o molestáramos menos. Es por ello por lo que creo que somos diferentes; tenemos algo que no les gusta a los demás, pero no sé qué es, por eso te lo pregunto.

—No somos diferentes, Samuel; son los otros quienes se empeñan en vernos diferentes.

—Pero creen que ser judío es algo malo... —se atrevió a decir Samuel—, dicen que matamos al profeta Jesús.

—Jesús era judío.

—¿Y por qué le matamos?

—No le matamos, y no te preocupes, ser judío no es malo, como no lo es ser cristiano o musulmán. No debes pensar en esas cosas. Cuando seas mayor, lo comprenderás. Ahora duerme, mañana salimos temprano.

—¿Cuándo llegaremos a Varsovia?

—Con un poco de suerte, en cinco o seis días. ¿Te gusta Varsovia más que París?

—Sólo quiero saber cuánto falta para llegar a casa, echo de menos a madre.

Cuando llegaron a Varsovia tuvieron que buscar acomodo en casa de Gabriel, un primo lejano de Isaac. Samuel tosía, tenía fiebre y sufría convulsiones, a lo que se sumaba el agotamiento producido por un viaje tan largo.

Mi padre tuvo que guardar cama durante varios días a pesar de la impaciencia del abuelo Isaac.

—Ten calma, tu hijo no está en condiciones de viajar. Puedes dejarle aquí con nosotros, mi esposa le cuidará; ya vendrás a por él cuando estés seguro de que tu familia se encuentra bien, sólo estás a una jornada de viaje —le insistió su primo.

Pero mi abuelo no quería oír hablar de dejar a su hijo en Varsovia, sobre todo estando como estaban tan cerca de su propia casa.

Por fin emprendieron viaje a pesar de que Samuel se encontraba muy débil y de que la tos no le había desaparecido del todo.

—Ser judío debe de ser algo muy malo —insistió Samuel mientras luchaba contra la fiebre.

—No lo es, hijo, no lo es. Debes sentirte orgulloso de lo que eres. La maldad no está en nosotros sino en quienes se niegan a vernos como seres humanos.

El abuelo Isaac era un hombre ilustrado, seguidor de las ideas de Moisés Mendelssohn, un filósofo alemán que en el siglo anterior había puesto en marcha un movimiento llamado «Haskalá» (Ilustración) que proponía que los judíos hicieran suya la cultura europea. Mendelssohn tradujo la Biblia al alemán y se opuso a las corrientes más ortodoxas del judaísmo. Defendía que ser judío no era incompatible con sentirse alemán, e invitó a su comunidad a integrarse plenamente en las sociedades a las que pertenecían. Guiado por aquellas ideas, mi abuelo trataba de convencer a su comunidad de que ser judío no era incompatible con sentirse profundamente ruso. Aunque había sectores ortodoxos que rechazaban semejante asimilación, no dejaban de sentirse rusos y no concebían vivir en ningún otro lugar que no fuera Rusia. Se trataba, decía mi abuelo, de no encerrarse en uno mismo, sino de abrirse a los demás, conocer y ser conocidos. Así educaba a sus hijos, y así pretendía vivir, pero la Rusia que encontró a su regreso de París rechazaba, aún más si cabe, a los judíos.

Llegaron al atardecer, con el polvo del camino cubriéndoles las ropas y la piel. El *shtetl* había ido creciendo con el paso del tiempo no muy lejos de un pueblo de gentiles, y la convivencia entre judíos y quienes no lo eran siempre había estado impregnada de desconfianza y de un odio sutil que en ocasiones explotaba en forma de rabia. Cualquier padecimiento de las familias gentiles siempre encontraba un culpable en la comunidad judía, como si les resultara imposible razonar que la causa de sus miserias tenía que ver con la codicia y la política de los zares que les habían arrebatado sus tierras.

Cuando llegaron al barrio donde vivían, a las afueras del pueblo, sufrieron un sobresalto. Parecía que un incendio hubiera assolado el lugar. El rastro del fuego convertido en hollín embardunaba los muros de las casas. Mi abuelo pidió al cochero que se diera prisa, por más que empezaba a temer llegar a su hogar.

Los cristales de las ventanas de su casa estaban rotos, y un

olor espeso a humo y a tragedia los golpeó apenas se bajaron del carruaje.

—¿Quieren que los espere? —preguntó el cochero.

—No, márchese —respondió Isaac.

Unos vecinos les salieron al paso. Sus rostros sombríos presagiaban lo peor.

—Isaac, amigo... —Moisés, un vecino que se apoyaba en un bastón, sujetaba a duras penas a Isaac por el brazo intentando que no entrara en los restos de lo que había sido su casa.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está mi esposa? ¿Y mis hijos? ¿Y mi madre? ¿Qué le ha sucedido a mi casa?

—Fue horrible... horrible —musitó una mujer envuelta en un manto que la cubría de la cabeza a los pies.

—¿Qué ha pasado? —insistió mi abuelo.

—Tu esposa y tus hijos... han muerto... Los han asesinado. También a tu madre. No han sido los únicos, la turba se ha ensañado con todos los nuestros. Lo siento... —explicó su vecino intentando impedir que entrara en los restos de la casa.

Isaac consiguió zafarse del hombre que lo retenía.

—Ven a mi casa, allí te explicaré lo sucedido, podréis descansar. Mi mujer os preparará algo de comer.

Pero Isaac y Samuel corrieron hacia la casa. No querían escuchar lo que les estaban diciendo. Empujaron la puerta deseosos de encontrar a su familia. A Esther recibéndolos con los brazos abiertos, a Anna preguntando si le traían algún regalo de París, al pequeño Friede saltando a su alrededor, a Sofía acudiendo a la cocina para hacerles algo de comer. Pero en la casa reinaba el silencio. Un silencio ominoso roto por el maullido lejano de un gato y por el crujido provocado al pisar los restos de vajilla esparcida por el suelo. Alguien había arrancado las puertas de la alacena, y el sillón donde Isaac solía sentarse a fumar después de una larga jornada de trabajo yacía enseñando sus tripas de muelles. Sus libros, los libros que heredó de su padre y de su abuelo, los libros que él mismo había comprado en cada uno de sus viajes, habían sido arrancados de la

biblioteca, pisoteados, y sus hojas diseminadas por todos los rincones.

La habitación que tantos años compartió con Esther, en la que habían nacido sus hijos, parecía un campo de batalla donde el enemigo se hubiera ensañado con todos los muebles y demás enseres.

Samuel había entrado en el cuarto que ocupaban el pequeño Friede y él, y vio que todo había sido destruido. «¿Dónde está el caballo de madera?», pensó el niño, añorando de repente aquel juguete que su abuelo le había hecho con sus propias manos y en el que tantas veces había visto subido a Friede.

Isaac echó el brazo por la espalda de su hijo apretándole contra él, intentando aliviar la desesperación reflejada en el rostro del niño.

El cuarto que la pequeña Anna compartía con la abuela Sofía tampoco se había salvado del ataque salvaje. Algunos vestidos de la niña aparecían pisoteados, otros habían desaparecido.

El vecino los había seguido y aguardaba en silencio a que dieran rienda suelta a su dolor.

—Supongo que estás enterado del asesinato del zar. Un grupo terrorista acabó con su vida, y en ese grupo había una mujer judía. Al parecer su participación no fue importante, pero el caso es que conocía a los terroristas. Ya sabes que los periódicos llevaban meses denunciando que los judíos somos un peligro. El atentado se lo confirmó —explicó el hombre con la voz sofocada por la emoción.

—Pero ¿qué tiene que ver mi familia con eso? ¿Dónde están? —preguntó Isaac con la voz transida de dolor.

—En el periódico dijeron que los judíos habíamos participado en el asesinato del zar. En el *Novoye Vremya* nos acusaron de ser los responsables. Eso encendió los ánimos de la gente, y comenzaron los ataques en muchas ciudades. Primero fueron algunos incidentes aislados, algún judío al que maltrataban. Luego... prendieron fuego a muchas casas, asaltaron nuestros negocios, apalearon a los judíos dondequiera que se encontraban.



»Las autoridades aseguran que han sido acciones llevadas a cabo por buenos ciudadanos que han dado rienda suelta a su dolor por la muerte del zar. En realidad, la policía ha permanecido impasible ante los ataques contra nuestras casas y nuestra gente. Se han ensañado con especial crueldad. Han muerto muchos de los nuestros. Todos hemos sufrido pérdidas.

—¿Y mi madre...? ¿Dónde están mis hermanos, y mi abuela Sofía? —preguntó el pequeño Samuel suplicando una respuesta.

—El día en que comenzaron los disturbios, tu madre y los dos pequeños habían ido al mercado. Mi mujer y otras vecinas iban con ellos. Un grupo de mujeres con sus hijos de la mano... quién iba a sospechar lo que pasó...

—¿Qué fue lo que ocurrió? —le instó a proseguir Isaac.

—En el mercado empezaron a recibir insultos de otras mujeres. Las llamaban asesinas por la muerte del zar. Lo que empezaron siendo gritos e insultos se transformó en agresiones. Una mujer arrojó a tu hija Anna una patata a la cara..., otras la imitaron y comenzaron a arrojarles restos de basura y de hortalizas podridas... Anna no soportó la humillación, recogió las patatas del suelo y se dispuso a arrojárselas al grupo que las insultaba. Tu esposa Esther agarró a Anna por el brazo pidiéndole que no respondiera a la provocación. Nuestras mujeres se asustaron y decidieron regresar al barrio a todo correr perseguidas por la multitud. Los niños se caían, apenas podían seguirlas en la carrera, y ellas se afanaban en llevar en sus brazos a los más pequeños protegiéndoles de los golpes e insultos de los atacantes. Algunas cayeron al suelo y las pisotearon, otras lograron llegar hasta aquí, pero fue en vano. No sé de dónde los habían sacado, pero algunos de los perseguidores llevaban palos con los que comenzaron a golpear a todos los que encontraban a su paso. Empezaron a tirar piedras contra los cristales de nuestras casas, a derribar las puertas y a sacar a quienes se resguardaban dentro apaleándoles hasta hacerles perder el sentido. A mi esposa le rompieron un brazo y le dieron un golpe en la sien que hizo que perdiera el conocimiento. Ahora sufre mareos y se le nubla la

vista. A mí, como podéis ver, me rompieron una pierna, por eso me ayudo del bastón para andar; tuve suerte, porque además de la pierna sólo sufrí la rotura de seis costillas. Me cuesta moverme, pero he salvado la vida.

»La turba comenzó a desvalijar nuestras casas, a destrozar lo que no se llevaban. No eran personas, parecían alimañas desprovistas de cualquier humanidad. Ni siquiera se conmovieron con los gritos de terror de los niños ni las súplicas de sus madres.

»La policía se acercó pero no intervino. Por más que pedíamos ayuda, miraban complacidos cuanto sucedía.

—¿Dónde está mi madre? —gritó Samuel.

El hombre se retorció las manos en un gesto de desesperación.

—Se enfrentó a esos salvajes. Un grupo de hombres había entrado en vuestra casa siguiendo a Anna, la increpaban por haberse atrevido a enfrentarse a sus mujeres en el mercado. Uno de los hombres la había agarrado y Esther defendió a su hija como una loba, mordiendo y arañando al agresor. La abuela Sofía intentó proteger a Friede, alguien la golpeó con un palo en la cabeza y la dejó inconsciente... No sé cómo sucedió, pero tiraron un candelabro al suelo y el fuego no sólo arrasó vuestra casa sino que se extendió a las de los vecinos... No fue hasta muchas horas después que pudimos apagar el incendio. Encontramos los restos de tu familia entre los rescoldos del fuego. Los enterramos en el cementerio.

Era tal el dolor, la conmoción que sufrieron al escuchar el relato del vecino, que en ese instante no derramaron ni una sola lágrima. Samuel agarró con fuerza la mano de su padre, apoyándose en él, conteniendo las náuseas.

No podían moverse ni decir nada, sentían que les habían arrancado el alma.

El hombre aguardó unos instantes, dejando que encajaran el dolor que los inundaba. Luego volvió a acercarse a Isaac y tiró de él, suavemente.

—Aquí no podéis quedaros. Necesitáis descansar. Os ofrezco un lecho en lo que queda de mi casa.

No pudieron comer por más que insistió la esposa del vecino. Tampoco se sentían con ánimo de escuchar más detalles de la barbarie que había tenido lugar. La mujer los condujo a un cuarto y les dejó una bandeja con un par de tazones de leche.

—Os ayudará a descansar. Mañana será otro día. Tendréis que sacar fuerzas para volver a empezar.

Estaban agotados por el viaje, pero apenas durmieron aquella noche. Isaac sentía a su hijo dando vueltas, y él mismo no encontraba acomodo en la cama que compartían.

Aún no había amanecido cuando Isaac descubrió a su hijo mirándole fijamente.

—Es malo ser judío. Por eso han matado a madre, y a Anna, y a Friede, y a la abuela. Yo no quiero ser judío, ni tampoco quiero que lo seas tú; si lo somos, nos matarán. Padre, ¿cómo se puede dejar de ser judío? ¿Qué podemos hacer para dejar de ser judíos y que los demás lo sepan?

Isaac abrazó a Samuel y comenzó a llorar. El niño intentaba secar las lágrimas de su padre, pero la tarea resultaba inútil. También él quería llorar, mezclar sus lágrimas con las de su padre, pero no podía. Estaba demasiado trastornado.

El sol se había impuesto sobre la mañana cuando escucharon unos golpes suaves en la puerta. La buena vecina que los había acogido les preguntó si necesitaban algo y si querían bajar a desayunar. Samuel le dijo a su padre que tenía hambre.

Se levantaron y se asearon antes de reunirse con la familia.

—Os acompañaré al cementerio —se ofreció la mujer—. Supongo que querréis saber dónde los hemos enterrado.

—¿Y tu esposo?

—Ha ido a la imprenta, tiene que seguir trabajando.

—¿El dueño de la imprenta le da trabajo a pesar de todo?

—Hace como si no supiera lo que ha ocurrido, y Moisés es un buen impresor al que paga poco.

—Porque es judío, ¿no? —dijo Samuel.

—¿Cómo dices? —preguntó la mujer.

—Que si le paga poco es porque es judío. A lo mejor si deja de ser judío le pagaría más —insistió el muchacho.

—¡Calla, hijo, calla! No digas eso —le pidió Isaac.

La mujer miró a Samuel y le acarició el pelo, después musitó:

—Tienes razón, sí, eso es, y aun así debemos estar contentos. Estamos vivos y tenemos para comer.

Sintieron frío cuando se acercaron a la tumba donde habían sido depositados los cuerpos calcinados de Sofía, Esther, Anna y Friede.

Isaac cogió un puñado de aquella tierra que cubría los cuerpos queridos y la apretó con fuerza hasta que la dejó escapar entre los dedos.

—¿Están juntos? —quiso saber Samuel.

—Sí, pensamos que era mejor que estuvieran juntos —se excusó la mujer.

—Es lo que hubiesen querido, es lo que querría yo —afirmó Isaac.

—¿A nosotros también nos enterrarán aquí cuando nos maten? —preguntó Samuel con un destello de terror en la voz.

—¡Nadie va a matarnos! ¡Por Dios, hijo, no digas eso! Tú vas a vivir, claro que vivirás. Tu madre no querría otra cosa.

—Es un niño y la pérdida es muy dolorosa —dijo la mujer compadeciéndose de Samuel.

—Pero él vivirá, nadie le hará daño. Esther no me lo perdonaría. —Isaac se echó a llorar mientras abrazaba a su hijo.

La mujer dio unos pasos atrás para dejarlos solos. Ella también había llorado hasta la extenuación. Sentía que el dolor de Isaac y de Samuel era el suyo.

—Nos gustaría quedarnos solos —le pidió Isaac.

La mujer asintió y tras besar a Samuel se marchó. También ella buscaba la soledad cuando acudía a llorar a los suyos.

Isaac se sentó al borde de la tumba acariciando la tierra áspera, como si se tratara de los rostros de su mujer y de sus dos hijos. Samuel se apartó unos pasos y también se sentó en el suelo contemplando a su padre y aquel túmulo de tierra donde su abuela, su madre y sus hermanos yacían para la eternidad.

Sabía que, a pesar de que parecía estar en silencio, su padre estaba musitando una oración. Pero ¿qué podía decirle a Dios?, se preguntó. Quizá la culpa era de ellos por no haber estado en casa para evitar que mataran a su familia. Si hubieran estado entonces sí que habrían podido pedirle a Dios que hiciera algo, pero ¿ahora?

Al cabo de un buen rato, Samuel dijo que le dolía la cabeza, y decidieron regresar ante el temor de que volviera a enfermar.

Pasaron el resto del día rebuscando entre los restos de lo que había sido su hogar.

Samuel encontró las tapas y algunas hojas de la Biblia familiar. Con cuidado intentó colocarlas una a una sabiendo que para su padre era importante aquel viejo libro que antes había sido de su abuelo, y que éste a su vez lo había recibido de su padre, y así hasta unas cuantas generaciones atrás.

Por su parte, Isaac había encontrado en el suelo un par de pañuelos bordados por Esther, con alguna marca de pisadas pero aún intactos. Los pendientes y el anillo de su esposa habían desaparecido de la caja donde los guardaba, aunque sí había hallado su dedal, así como el de Sofía.

Un par de libros conservaban todas sus páginas. También pudieron rescatar los restos de un cuadro en el que aparecía dibujado el rostro sonriente de Esther. Había sido el regalo de bodas de un amigo de la familia aficionado a la pintura. Aquel hombre había captado con fidelidad la delicada belleza de su mujer, sus ojos castaños con reflejos verdosos, el cabello rubio oscuro, la piel blanca, casi transparente.

Isaac estuvo a punto de echarse a llorar, pero evitó hacerlo

delante de Samuel. No quería que su hijo lo viera derrotado, de manera que respiró hondo conteniendo las lágrimas mientras con un pañuelo limpiaba lo que quedaba del cuadro. Luego continuó buscando cualquier objeto intacto y que pudiera serles de utilidad o al menos de recuerdo.

—Padre, aquí está tu Biblia. —Samuel le entregó el libro con cuidado—. Había muchas hojas desperdigadas, pero creo que las he encontrado todas.

—Gracias, hijo, algún día esta Biblia será tuya.

—No la quiero —respondió Samuel arrepintiéndose al instante de haberlo dicho.

Se quedaron en silencio. Isaac sorprendido por las palabras de su hijo; Samuel pensando en cómo explicar a su padre por qué no quería aquel libro.

—Me la dio mi padre, y a él se la entregó el suyo, y yo te la daré a ti. Espero que cuando llegue el día no la rechaces.

—No quiero el libro de los judíos porque no quiero ser judío —respondió, con sinceridad, el niño.

—Samuel, hijo, los hombres no elegimos lo que somos, nos encontramos con ello. Tú no has elegido ser judío, yo tampoco, pero es lo que somos y eso no podemos cambiarlo.

—Sí, claro que podemos. Podemos dejar de serlo, se lo diremos a todo el mundo y nos dejarán en paz. Si somos judíos nos matarán.

—Hijo... —Isaac abrazó a Samuel y rompió a llorar. Abrazados, lloraron juntos, hasta sentir que no les quedaban más lágrimas.

A Isaac le dolía la congoja de su hijo, comprendía su desesperación y cómo en su mente infantil ser judío se había convertido en sinónimo de muerte y destrucción. No le reprochaba que quisiera desprenderse de lo que creía que era la causa de la muerte de la familia.

Continuaron buscando entre los restos del que había sido su hogar. Después de buscar por la casa, se acercaron al cobertizo que había servido de almacén para sus pieles. No quedaba nada. Antes de partir hacia Francia había seleccionado el mejor géne-

ro para vender, aunque había dejado otras piezas con las que comerciar más adelante. La turba se las había llevado.

Le habían despojado de todo cuanto tenía. De su madre, de su esposa, de sus hijos, de su casa, de su negocio. ¿Por qué? ¿Por qué Dios se ensañaba de aquella manera con ellos? ¿Qué mal habían hecho? Se mordió los labios para no dejar escapar ni un gemido. Todo ese mal que habían recibido ¿era sólo por ser judíos? Pero no podía dejarse vencer por el dolor. Samuel estaba a su lado, muy quieto, aferrado a su mano, contemplando lo poco que se mantenía en pie del cobertizo.

«Al menos me queda un hijo», pensó. Apretó aún más fuerte la mano de Samuel. Sí, le quedaba un hijo. Por lo menos él tenía a Samuel y la presencia de su hijo sería su fuerza para seguir viviendo.

Cuando regresaron a casa de sus vecinos, estaban exhaustos.

—¿Qué vais a hacer? —les preguntó Moisés, el hombre que tan generosamente les había acogido.

—Empezar de nuevo —respondió Isaac.

—¿Os quedaréis aquí? —quiso saber el hombre.

—No lo sé, tengo que hablar con Samuel. Quizá sería mejor marcharnos a otra ciudad...

—Lo comprendo. Cada día cuando salgo a la calle pienso que en cualquier momento les puede suceder lo mismo a mis hijos o a mis nietos... A veces el dolor es tan intenso que siento la necesidad de escapar, pero ¿adónde podríamos ir? Nosotros somos viejos, y a pesar de todas las desgracias conservo mi trabajo de impresor. Con lo que me pagan, mi mujer y yo podemos mantenernos. Nosotros no podemos escapar, la vejez nos encadena a este lugar.

Isaac le agradeció a Moisés cuanto hacía por ellos.

—No me lo agradezcas, sabes que mi esposa era amiga de tu madre. Ha llorado a Sofía tanto como a nuestra familia. No hacemos nada que no nos dicte el corazón. No es que dispongamos de mucho, pero lo que tenemos es vuestro, nuestra casa es vuestra casa, quedaos el tiempo que necesitéis.

Aquella noche Isaac preguntó a Samuel si quería que reconstruyeran la casa.

—Podemos levantarla de nuevo. Llevará su tiempo, pero podemos hacerlo. Tengo algo de dinero, en París me pagaron bien las pieles que llevé para vender. ¿Qué te parece?

Samuel guardó silencio. No sabía qué responder. Añoraba su casa, sí, pero su añoranza era algo más que cuatro paredes. Su casa era su abuela, su madre, sus hermanos; si no podía estar con ellos, tanto le daba dónde fueran a vivir.

—¿No quieres vivir aquí? —le preguntó su padre.

—No lo sé... yo... yo quiero estar con madre. —Y rompió a llorar.

—Yo también —musitó Isaac—, yo también, hijo, pero tenemos que aceptar que ya no está. Sé que no es fácil resignarse, a mí me sucede lo mismo. Yo también he perdido a mi madre... la abuela Sofía.

—¿Podemos irnos? —preguntó Samuel.

—¿Irnos? ¿Adónde te gustaría que nos fuéramos?

—No lo sé, a otra parte, a lo mejor con el abuelo Elías...

—¿A París? Me dijiste que no te gustaba demasiado.

—Pero era porque echaba de menos a madre. También podemos ir a Varsovia con el primo Gabriel.

Isaac comprendió que su hijo necesitaba una familia, que él solo no era suficiente para mitigar el dolor de Samuel.

—Lo pensaremos. Estoy seguro de que el abuelo Elías nos acogería de buen grado, lo mismo que Gabriel, pero debemos pensar de qué vamos a vivir, no podemos convertirnos en una carga para la familia.

—¿No puedes vender pieles?

—Sí, pero para eso hemos de estar aquí. Es en Rusia donde se encuentran las mejores pieles, las que quieren las damas de París y Londres.

—¿Y no podrías hacer otra cosa?

—El único oficio que conozco es éste, el que me enseñó mi padre y el que yo te enseñaré a ti. Comprar y vender. Comprar



aquí y vender allí donde no tienen lo que nosotros podemos ofrecerles. Por eso todos los años llevo las pieles a París, a Londres, a Berlín... Somos comerciantes, Samuel. Quizá podríamos irnos a otra ciudad. ¿Qué te parece San Petersburgo?

—¿Nos permitirán vivir allí? ¿Conseguirás el permiso?

—Puede ser, Samuel, al menos podríamos intentarlo. En la corte siempre gustan de la moda de París, y en los baúles traemos varias prendas confeccionadas por tu abuelo Elías. No es la primera vez que vendemos pieles a las grandes damas de Moscú y San Petersburgo.

—¿Y yo qué haría?

—Estudiar, debes estudiar; sólo el saber te ayudará a labrarte un futuro.

—Yo sólo quiero estar contigo, a lo mejor podrías enseñarme a ser un buen comerciante...

—Te enseñaré, claro que lo haré, pero después de que estudies y si es eso lo que deseas. Aún es pronto para que sepas lo que quieres.

—Sé que no quiero ser prestamista. Todos odian a los prestamistas.

—Sí, sobre todo los que tienen una deuda que en ocasiones no quieren saldar.

—Yo también odio a los prestamistas. He oído que arruinan a la gente.

—Son los poderosos los que suelen aborrecer a quienes prestan el dinero.

—Ya, pero aun así yo no quiero ser prestamista. Es algo feo.

A la mañana siguiente Isaac habló con Moisés y con su mujer.

—Nos marcharemos dentro de unos días. Intentaré probar suerte en San Petersburgo. Mi padre tenía un amigo que se dedica a la química, y sus remedios son muy apreciados por los aristócratas de la corte imperial. Le pediré que me ayude a obtener un permiso de residencia en la ciudad.

—¿Te vas de aquí? Pero si aún te queda el terreno de la casa, y tu familia yace en el cementerio... —se lamentó la mujer.

—Y siempre los llevaremos en nuestro corazón. Pero ahora tengo que pensar en Samuel. Para él es muy difícil continuar en el lugar donde antes tenía una familia, una abuela, una madre, unos hermanos, y en el que ahora no tiene nada. Debo darle una oportunidad a mi hijo. Yo siento que mi vida está acabada, pero él tiene diez años y toda una vida por delante. Ninguno de los dos olvidaremos nunca, pero tengo que ayudar a mi hijo a superar el dolor que le atenaza. Si nos quedamos aquí será más difícil. Todo le recuerda a su madre.

—Lo comprendo —dijo Moisés—, yo en tu lugar haría lo mismo. Ya te lo dije, dispón de nuestro hogar el tiempo que necesites. ¿Quieres que me encargue de buscar un comprador para el solar de tu casa?

—No, no quiero vender ese trozo de tierra. Será para Samuel, puede que algún día él quiera volver, quién sabe. Pero sí te pido que te hagas cargo del terreno, y si lo deseas puedes utilizarlo como huerto. Te firmaré un permiso para que dispongas de él hasta el día en que Samuel venga a reclamarlo.

Una semana después, Isaac y Samuel dejaron el pueblo subidos a un carro tirado por dos mulas. Llevaban los baúles con las prendas traídas de París. Además, Isaac había guardado dentro de la camisa, pegada a su cuerpo, una bolsa de cuero con el único dinero que les quedaba.

La esposa de Moisés les entregó una cesta con algunos víveres.

—No es mucho, pero al menos no pasaréis hambre hasta llegar a San Petersburgo.

Hacía frío y el aire estaba húmedo. Durante la noche había llovido. Se pusieron en marcha en silencio, sabiendo que en su camino pasarían junto al cementerio. Isaac no quería mirar hacia donde descansaban los suyos. Mantuvo la vista al frente, despi-

diéndose en silencio de su madre, de su esposa, de Anna y de Friede. Él pudo contener las lágrimas, pero Samuel rompió a llorar. No intentó consolarle, no podía, no hubiera encontrado las palabras.

Al cabo de un rato Samuel se acurrucó a su lado y se durmió. Isaac le tapó con una manta forrada con piel. En el cielo restalló un relámpago seguido de un trueno. Volvía a llover.

Fue un viaje largo y duro en el que Isaac apenas se permitió el descanso. Procuraba que su hijo se mantuviera a cubierto de la lluvia y le había preparado en el carro una suerte de lecho para que estuviera cómodo.

Muchas noches dormían el uno junto al otro dentro del carro porque no se atrevían a pedir techo en algunas de las posadas que encontraban a su paso. El odio hacia los judíos era más patente que nunca y el nuevo zar, Alejandro III, amparaba los pogromos que se habían extendido por todo el imperio. Los periódicos más reaccionarios justificaban esas persecuciones a los judíos como movimientos espontáneos de indignación de la población. Pero ¿indignación de qué?, ¿por qué?, se preguntaba Isaac, y siempre llegaba a la misma conclusión: «No nos sienten como rusos sino como un cuerpo extraño que además les disputa el trabajo». También pensaba que los judíos debían sentirse ante todo rusos y después judíos y no al revés, y sobre todo comportarse como rusos.

De camino a San Petersburgo no fueron pocas las ocasiones en que se preguntaba cómo le recibiría Gustav Goldanski, el amigo de su padre. Cabía la posibilidad de que no quisiera recibirlos, al fin y al cabo apenas le conocía, y por lo que había escuchado contar a su padre, su viejo amigo no es que se hubiera convertido al cristianismo, pero rechazaba comportarse como un judío. Quizá no quisiera recibirlos o acaso se sentiría incómodo por ponerle en el compromiso de tener que hacerlo.

Pero todas estas dudas las guardaba para él, no quería añadir incertidumbre al dolor de Samuel.

Hablaban de San Petersburgo como el final de un camino

donde encontrarían el sosiego que ambos necesitaban y, sobre todo, la oportunidad de comenzar de nuevo.

Llegaron bien entrada la mañana de un ventoso día de otoño.

No les costó demasiado encontrar la casa de Gustav Goldanski. Se encontraba en el corazón de la ciudad, en un elegante edificio cuyo portón estaba flanqueado por dos sirvientes. Los miraron con suficiencia, preguntándose cómo aquel hombre con la barba mal recortada y aquel chiquillo que no dejaba de toser se atrevían a pedir que su señor los recibiera de inmediato.

Uno de los sirvientes los retuvo en la puerta y el otro fue a avisar a su señor de la extraña visita.

A Isaac se le hizo eterno el tiempo que estuvieron aguardando a que regresara el sirviente. Samuel parecía asustado.

—Mi señor los recibirá —les anunció el sirviente, que parecía asombrado de que así fuera a suceder.

El otro criado se hizo cargo de las mulas y el carro, igualmente sorprendido de que aquel hombre extraño con un chiquillo pudiera conocer a su señor.

Samuel miraba a su alrededor admirado del lujo de aquella casa. Las sillas tapizadas con brocados de seda, los candelabros dorados relucientes, las espesas cortinas, los muebles delicadamente tallados. Todo le resultaba nuevo y tan fastuoso que le parecía irreal.

Esperaron un buen rato en un salón que tenía las paredes enteladas en seda azul y en el techo un fresco de unas ninfas peinándose junto a un lago de aguas cristalinas.

Gustav Goldanski ya había rebasado por aquel entonces la madurez y estaba más cerca de la ancianidad. Tenía el pelo blanco como la nieve y los ojos de color azul, un azul apagado por el paso del tiempo. Sin ser demasiado alto ni demasiado delgado, tenía cierta apostura. «Es un poco más joven de lo que sería mi padre ahora si aún viviera», pensó Isaac.

—Vaya, no esperaba la visita del hijo de Simón Zucker. Hace

tiempo que no nos veíamos. Os recuerdo de alguna ocasión en que acompañasteis a vuestro padre a San Petersburgo. Sé que el bueno de Simón murió, le envié una carta de condolencia a vuestra madre... Vuestro padre y yo nos conocimos durante un viaje. No sé si os lo contó...

—Sé que os conocisteis en un camino poco transitado, no muy lejos de Varsovia. Vos habíais sufrido un revés, vuestro carruaje había quedado atrapado en la nieve, y mi padre, que viajaba por el mismo camino, os encontró y os ayudó a liberarlo.

—Así fue. Yo regresaba de Varsovia de visitar a mi madre. Era invierno y los caminos eran pistas de hielo y nieve. Las ruedas del carruaje se quedaron enterradas en la nieve, y uno de los caballos se rompió una pata. Fuimos afortunados de que vuestro padre viajara por el mismo camino y nos ayudara, de no ser así habríamos perecido de frío. Le ofrecí mi hospitalidad si algún día venía a San Petersburgo. Aunque nunca quiso alojarse en mi casa, sí me visitó en alguna ocasión y desde entonces entablamos una buena amistad. Éramos muy diferentes, con intereses distintos, pero coincidíamos en que la única manera de acabar con la maldición que nos perseguía a los judíos era asimilarlos en la sociedad donde nos tocaba vivir, aunque vuestro padre creía que sentirse ruso nada tenía que ver con la religión.

—Sí, mi padre me inculcó esa misma idea, aunque a veces no depende de nosotros, sino de los demás.

—¿Creéis que hacemos lo suficiente? No, yo creo que no... Pero perdonadme, aún no os he preguntado el motivo de vuestra visita. Este niño, ¿es vuestro hijo?

Por indicación de Isaac, Samuel tendió su mano a aquel hombre que le sonrió al estrechársela.

—Es mi hijo Samuel, mi único hijo. He perdido a toda mi familia —explicó Isaac con un deje de emoción en la voz.

Goldanski observó al padre y al hijo antes de preguntar por lo sucedido.

—¿A causa de alguna epidemia?

—El odio y la sinrazón tienen el mismo efecto que las epi-

demias. El asesinato del zar Alejandro II ha provocado la desgracia para los judíos del imperio. Vos sabréis mejor que yo que se han producido ataques violentos contra nuestra comunidad, sobre todo en las Zonas de Residencia, pero también en Moscú y en Varsovia, principalmente en los *shtetls*, donde los judíos estamos asentados ganándonos la vida con nuestro trabajo y esfuerzo.

—Lo sé, lo sé... Desde abril hasta bien pasado el verano han ido llegando noticias terribles sobre los ataques a judíos. Hace tiempo que abandoné la religión de mis antepasados; no es que me haya hecho cristiano, pero tampoco sigo las leyes de Moisés; aun así, me he interesado cuanto he podido para que las autoridades impidan los disturbios, aunque no siempre han atendido mis súplicas. ¿Qué le ha sucedido a vuestra familia?

—Mi casa ya no existe, la quemó una turba enfurecida, y mi madre, mi esposa y mis dos hijos pequeños sucumbieron a aquel incendio.

—Lo siento. Os compadezco.

—He perdido cuanto tenía salvo dos baúles con ropa de abrigo traídos de París, y el dinero de las ventas de pieles obtenido en mi último viaje. Es lo que tengo para empezar de nuevo. Pero sobre todo tengo a Samuel. Es mi única razón para seguir viviendo.

—¿Qué puedo hacer yo?

—No conozco a nadie en San Petersburgo, pero es aquí donde pretendo iniciar una nueva vida y me atrevo a pedir os vuestro consejo, que guiéis nuestros primeros pasos por la capital imperial.

—¿Tenéis donde alojaros?

—No, la verdad es que acabamos de llegar, nuestro equipaje está en el carro que dejé en manos de vuestros sirvientes.

—Conozco a una viuda que quizá pueda alojaros, se gana la vida alquilando un par de habitaciones, normalmente a estudiantes. No encontraréis lujos, pero la casa es cómoda y la mujer, de confianza. Su marido me sirvió de ayudante durante muchos

años, el pobre murió de un ataque al corazón. Os daré una nota para ella, si tiene alguna habitación libre seguro que os la alquilará sin cobraros demasiado.

—Os lo agradezco, necesitamos un techo y descanso. Llevamos muchas jornadas durmiendo a la intemperie, y como veis mi hijo no deja de toser.

—No soy médico, sólo un químico convertido en boticario. He dedicado buena parte de mi vida a elaborar remedios para la enfermedad y esa tos no presagia nada bueno... Os daré uno de mis jarabes, le aliviará.

—Os lo agradezco.

—Bien, ¿qué más puedo hacer?

—Sois un hombre importante, conocéis a mucha gente en la corte, si pudierais conseguir que vieran la ropa que he traído de París... Son abrigos y chaquetas de pieles, pero confeccionadas al gusto parisino. Puede que alguna dama se sienta interesada...

—Lo haré por la amistad que me unía a vuestro padre. Hablaré con mi esposa, ella sabrá la mejor forma de que vuestros abrigos sean vistos por las damas de San Petersburgo. Ahora esperad un momento mientras os escribo la nota para la viuda de la que os he hablado.

Raisa Korlov los recibió con frialdad hasta que leyó la nota firmada por Gustav Goldanski, entonces les sonrió confiada invitándoles a pasar al salón bien caldeado por el fuego que crepitaba en una amplia chimenea.

—De manera que viene recomendado por el profesor Goldanski... No puede usted traer mejores referencias, pero en este momento no voy a poder alojarles. Tengo una habitación alquilada a un joven que estudia en la universidad y la otra está ocupada por mi hermana, que se ha quedado viuda y la he acogido en mi casa. Es mayor que yo y la pobre mujer no tiene a nadie más en el mundo. No pudo tener hijos, tampoco los he tenido yo. Para mí es un inconveniente porque pierdo el dinero del al-

quiler, pero ¿qué otra cosa puedo hacer? No sería buena cristiana si la dejara desprotegida. Además me sirve de compañía, yo también me quedé viuda, y siempre es mejor compartir lo que se tiene con alguien de la familia.

Un rictus de desesperanza se dibujó en el rostro de Isaac. Le preocupaba la tos de Samuel, recordaba que Goldanski le había insistido en que el niño necesitaba descanso y calor, además del frasco de jarabe y de las pastillas que le había dado.

—En ese caso, ¿podría usted recomendarme algún sitio donde pueda encontrar acomodo para mí y para mi hijo?

—No sé... no conozco a nadie de confianza... Hay casas, sí, pero no me atrevo a recomendárselas, quizá... bueno, dispongo de otra habitación, pero es muy pequeña, es donde guardo los trastos, y nunca la he alquilado...

—¡Por favor! —suplicó Isaac.

—Es muy pequeña, como le he dicho, y tendría que ayudarme a sacar algunas cosas, hay que limpiarla y acomodarla para que quepan los dos... No sé...

—Le ayudaré a sacar los trastos, le ayudaré en todo lo que usted disponga. Mi hijo está exhausto, hemos hecho un largo viaje. El profesor Goldanski nos aseguró que con usted estaríamos como en casa.

—El profesor siempre me halaga. Bueno, le enseñaré el cuarto y usted decide si se quiere quedar. En ese caso, tendrá que darme tiempo para arreglarlo. Y este niño que se quede aquí, le daré algo de beber para que entre en calor.

Isaac ayudó a la viuda Korlov a sacar del cuarto varios muebles desvencijados. La mujer se afanó en la limpieza y no tardó más de dos horas en tener la habitación arreglada.

Era tan pequeña como la viuda les había advertido. La cama ocupaba casi todo el espacio. Un armario y una mesa con una silla completaban el mobiliario. Isaac le pagó el precio que habían acordado. Dos meses por adelantado.

—Es demasiado pequeña —dijo la viuda deseando escuchar



a Isaac lo contrario, porque bien le venía ese dinero inesperado que ella sabía excesivo para aquel cuarto.

—Estaremos bien, se lo aseguro —respondió Isaac.

La viuda les mostró un cuarto aún más pequeño que servía de aseo comunitario.

—Mi esposo estaba obsesionado con la higiene, el profesor Goldanski le enseñó que muchas enfermedades son fruto de la suciedad, y por eso dispuso que en nuestra casa tuviéramos este lugar donde poder bañarnos. Supongo que querrán asearse después de un viaje tan largo... Eso sí, nada de malgastar el agua.

Isaac respiró tranquilo cuando por fin Samuel estuvo en la cama bien tapado. El niño estaba agotado y no paraba de toser.

La viuda Korlov se había mostrado compasiva, le había servido a Samuel un tazón de leche con un trozo de tarta y había invitado a Isaac a una taza de té.

Se tumbó encima de la cama al lado de su hijo y ambos se quedaron profundamente dormidos. Ya había caído la tarde cuando les despertaron unos golpes en la puerta.

—Señor Zucker... ¿está usted despierto?

—Sí, sí, ahora voy.

—Le espero en el salón...

Isaac se levantó de inmediato, preocupado por el aspecto de su ropa arrugada después de haberse quedado dormido en la cama. En el salón le aguardaba Raisa Korlov y una mujer muy mayor.

—Ésta es mi hermana Alina, ya le he contado que viene usted recomendado por el profesor Goldanski.

—Señora. —Isaac se inclinó al tiempo que tendía la mano a Alina.

Las dos hermanas se parecían. Raisa era más joven, rondaría los cincuenta, mientras que Alina calculó que hacía tiempo que había pasado de sesenta. Pero las dos tenían la misma mirada verdosa, y el óvalo de la cara cuadrado, entradas en carnes, y altas, muy altas.

Raisa le entregó un sobre.

—Lo acaba de traer un sirviente del profesor Goldanski.

—Gracias. —Isaac no sabía qué debía hacer ante la mirada inquisitiva de las dos mujeres.

—He hablado con mi hermana —dijo Raisa como si Alina no estuviera presente— y nos hemos preguntado cómo va a cuidar usted de su hijo... En fin, si quiere, podríamos ajustar un precio para que usted y el niño comieran aquí. Para nosotras será un trabajo añadido, pero...

—¡Oh! Se lo agradezco, nada nos puede convenir más.

—Su esposa ha muerto, ¿verdad? —preguntó Alina, mientras Raisa se estiraba la falda.

—Ya te he dicho que eso es lo que el profesor Goldanski me ha escrito en la nota de recomendación... —la interrumpió Raisa.

Isaac no tenía ningún deseo de dar satisfacción a la curiosidad de las dos mujeres, pero sabía que no tenía otra opción.

—Mi familia murió en un incendio. Mi esposa, mis hijos, mi madre... Samuel y yo estábamos de viaje... No podemos seguir viviendo en el mismo lugar... Por eso hemos venido a San Petersburgo, deseamos comenzar una nueva vida y ustedes son muy amables acogiéndonos con tanta generosidad.

—¡Qué tragedia! ¡Cuánto lo siento! —exclamó Alina, y parecía sincera.

—¡Pobre niño! —se lamentó Raisa—. Perder a una madre es lo peor que a un crío puede pasarle.

—Sí, así es. Además, Samuel está débil, y aunque yo procuro darle todos los cuidados que necesita, echa mucho de menos a su madre.

—Entonces ¿le conviene nuestra oferta?

—Sí, claro que sí, díganme cuántos rublos costaría nuestra manutención...

Cerraron un acuerdo satisfactorio para ambas partes, aunque el dinero de Isaac estaba menguando más rápidamente de lo que había previsto. Pero en algún lugar tendrían que comer, y siempre sería mejor la comida de aquella casa.

Se sometió a las preguntas curiosas de ambas mujeres y en

cuanto pudo pidió permiso para retirarse, estaba impaciente por leer el mensaje del profesor Goldanski.

Samuel se había despertado y le sonrió.

—¡Qué bien he dormido! Estoy mucho mejor.

Isaac le puso la mano en la frente, parecía que le había bajado la fiebre.

—Tienes que asearte un poco, esta noche cenaremos con la señora Korlov y su hermana. Me han dicho que tienen preparada una sopa muy rica, te sentará bien.

Isaac abrió el sobre impaciente y leyó la misiva:

«He hablado con mi esposa. Intentaré ayudaros. Venid a visitarnos el próximo jueves a la hora del té, y traed esos abrigos de los que me hablasteis, es posible que alguna de las amigas de mi esposa se interese por ellos.»

Era lunes, faltaban tres días para la cita, y tendría que sacar los abrigos del baúl, airearlos y arreglar cualquier desperfecto que pudiera encontrar después de un viaje tan largo. Su suerte estaba en aquellos abrigos, si es que lograba que las damas de San Petersburgo se interesaran por ellos.

Isaac pensó que los días que faltaban para acudir a casa de Goldanski se le harían interminables, pero Raisa Korlov se empeñó en mostrarles la ciudad a pesar de que Samuel no se había repuesto del todo.

—Respirar aire puro no le hará daño, eso sí, bien abrigado —insistió la viuda Korlov antes de arrastrarles a uno de sus interminables paseos.

Padre e hijo mostraron su admiración ante el Palacio de Invierno. También se sorprendieron por la belleza de algunas calles que les recordaban a París.

La viuda Korlov se enorgullecía de su ciudad, y presumía de la alegría de sus habitantes.

—El alma de la ciudad son los estudiantes, ellos llenan de risas las tabernas y las calles. Algunos los consideran pendencieros, pero puedo asegurar que son buenos inquilinos y pagan con puntualidad. En diez años sólo he tenido que echar a uno de mi casa.

El otro inquilino de la casa resultó ser un joven serio, de gesto adusto, que pasaba todo su tiempo en la universidad o encerrado en su cuarto, estudiando. No era muy hablador pero se mostraba cortés. La viuda Korlov les había contado que el joven Andréi era hijo de un herrero que estaba sacrificando su escasa fortuna para que su primogénito estudiara una carrera.

Las dos viudas trataban a Andréi con afecto, lo mismo que a ellos; una y otra hacían lo posible para que sus inquilinos se sintieran como en su propia casa.

Fueron también Raisa y su hermana Alina quienes ayudaron a Isaac a colgar en perchas los abrigos y a airearlos; Alina incluso se ofreció a coser un par de forros que se habían descosido.

—Le será más difícil llevarlos en las perchas, pero si los vuelve a colocar en el baúl se arrugarán y olerán a rancio —explicó Alina.

Con la ayuda de Samuel logró colocar los abrigos y chaquetas en el carro. La viuda Korlov le había prestado unas sábanas viejas para que no se mancharan, además la mercancía quedaría tapada y no despertaría la codicia de los ladrones.

Por fin, a las cuatro en punto de la tarde de aquel jueves del invierno ruso, y acompañado por Samuel, se presentó en la elegante mansión de los Goldanski.

En esa ocasión los sirvientes no los recibieron con desconfianza. Tenían órdenes de su amo de acompañarles de inmediato al interior de la casa.

Mientras aguardaban en una sala a que apareciera el profesor Goldanski, Isaac, nervioso, pasaba los dedos por algunas de las pieles que había depositado en las sillas de la estancia.

El corazón le latió con más fuerza cuando apareció Goldanski seguido de una mujer más joven que él.

—Mi esposa, la condesa Yekaterina.

Padre e hijo le hicieron una profunda reverencia impresionados por el título y, sobre todo, por su porte elegante.

«Tiene la piel como la porcelana —pensó Isaac admirando la tez blanquísima de la condesa— y la figura de una jovencita.»

—Conocí a su padre. Siempre fue bien recibido en nuestra casa, y usted también lo es. ¿Este pequeño es su hijo?

—Sí, condesa... Samuel, saluda a la condesa.

Samuel intentó una torpe reverencia, pero la condesa le cogió de la mano obligándole a incorporarse.

—Tienes la edad de mi nieto. Algún día debes venir a jugar con él.

—Bien, querida, examina las prendas de nuestro amigo Isaac antes de hacer pasar a tus amigas.

Isaac contuvo la respiración hasta que la condesa terminó de inspeccionar prenda por prenda.

—Hay abrigos muy bonitos, creo que compraré alguno, estoy segura de que a las damas que ahora mismo aguardan expectantes también les gustarán.

Unos minutos después las amigas de la condesa entraron en el salón. Todas vestían elegantemente, y parloteaban despreocupadas, ansiando ver esas maravillas que les había anunciado la condesa Yekaterina.

La tarde no pudo ser más provechosa. Regresaron a la pensión de las viudas sin una sola prenda. La condesa y sus amigas las habían comprado todas y conminaron a Isaac a que trajera más abrigos de París.

—Incluso telas, encajes, o algún vestido... —sugirieron las señoras, ansiosas admiradoras de la moda de la capital francesa.

De camino a la pensión, Isaac compró unas flores para las viudas. Aquella noche ellas se mostraron más generosas a la hora de servir las raciones de la cena.

San Petersburgo no se les antojaba hostil, a pesar de que los

periódicos continuaban publicando artículos contra los judíos. Pero tanto Isaac como Samuel sentían un cierto alivio de no tener que enfrentarse al recuerdo permanente de la desgracia que se había cebado con ellos. Si se hubieran quedado en su *shtetl* próximo a Varsovia no habrían logrado enderezar sus vidas.

No, no podían olvidar a Sofía, ni a Esther, ni a la rebelde Anna, ni al pequeño Friede, pero al menos en San Petersburgo había momentos en que dejaban de pensar en ellos y eso les permitía sobrevivir.